

APRECIAR LA BELLEZA EN EL ARTE Y LAS LETRAS

Discurso al agradecer su incorporación a la Academia Chilena de la Lengua

13 de agosto de 1979

Señor Presidente del Instituto de Chile,
Señor Director de la Academia de Chile,
Señores Académicos,
Señoras y Señores:

Agradezco de corazón la gentileza de la Academia Chilena de la Lengua de invitarme a participar en ella como Miembro Honorario. He aceptado esta invitación no sólo por el honor que reviste, sino también por el deseo de estar presente en una Institución tan valiosa y con la esperanza de contribuir, aunque sea en forma modesta, a sus importantes labores.

Asimismo, agradezco las palabras bondadosas y finas de don Roque Esteban Scarpa, cuya trayectoria de poeta, ensayista y profesor hondamente cristiano es reconocida en el país y en el extranjero.

A la Iglesia no puede serle indiferente la creación artística ni el cultivo de las bellas letras. Ella tiene la tarea de entregar a los hombres el mensaje de la Verdad, del Bien y de la Belleza de Dios, Creador de cielos y tierras. La creación participa, en cierta medida, de las cualidades de su autor, contiene una huella de la divinidad y es, por lo mismo, camino de retorno a Dios para quien sepa mirarla en su profundidad y trascendencia. San Pablo enseña con precisión: "Porque lo invisible de Dios, desde la creación del mundo se deja ver a la inteligencia a través de sus obras: su poder eterno y su divinidad..." (*Rom. 1, 20.*)

Más allá de las cosas y de los animales creó Dios al hombre. Lo hizo a su imagen y semejanza y lo dotó de sensibilidad, inteligencia, capacidad de amar, ansias de perfección. Le entregó con ello las posibilidades de prolongar el gesto creador, de descubrir relaciones hermosas, de establecer nuevas realidades bellas. El Señor parece complacerse en la poesía, según se desprende de muchas páginas bíblicas. Poéticos son los relatos del Génesis y del Éxodo. Hondo lirismo encierran los Salmos de David y el Cantar de los Cantares. Patéticas son las protestas del justo Job y muchas imprecaciones de los profetas. ¿Y qué decir de la belleza de los Evangelios? En la sencillez del sermón y en la fuerza y la delicadeza de comparaciones y parábolas se ha expresado el mismo Cristo, rostro del Padre en el cual Él puso todas sus complacencias.

Movido por tan alto ejemplo, el ser humano ha deseado corresponder también al lenguaje de poesía del Señor. Hombres de Iglesia y hombres del mundo, actualizando aquellas virtudes de que el Altísimo los dotó, han cantado, a veces con las mejores voces, el canto de amor que Cristo enseñó a la humanidad. Francisco de Asís, iniciador del decir literario en lengua italiana,

extiende su palabra amorosa a las creaturas menores, la hermana agua, el hermano viento:

*Laudato sí, misignore, per frate vento, et
per aere er nubilo et sereno et onne tempo,
per lo quale alle tue creature dai
sostentamento...*

El Dante, cumbre de las letras europeas, narra un viaje que lo lleva al seno mismo de Dios, hasta "*L'amor che move il sole el l'altre stelle*". Los místicos españoles Teresa de Ávila y Juan de la Cruz anticipan en su experiencia y en su palabra la visión gozosa del Señor, y en la glosa popular "Muero porque no muero", muestran la alta vida que esperan más allá de los días terrenales.

Esta palabra literaria del amor cristiano se expresa a través del tiempo en formas muy variadas. Lo que en un autor es sublime intento de describir el Paraíso, en otro es romance sabroso o fino villancico navideño:

Mañanicas floridas
del frío invierno,
recordad a mi Niño
que duerme al hielo.

Una vez fue narración de los milagros de Nuestra Señora; otra soliloquio lírico ante el Crucificado ("No me mueve, mi Dios, para quererte..."; más adelante, simbólico drama sobre el Buen Pastor o acerca de la irrealidad de este mundo frente a la plenitud del ser por excelencia, del único que puede decir de si mismo "Soy el que soy").

La palabra poética dirigida al Creador surgió también en el Nuevo Mundo, en particular en nuestra patria. Los cronistas e historiadores del reino -desde el mismo Pedro de Valdivia hasta Ovalle y Rosales- supieron ver la relación entre las maravillas naturales de Chile y la bondad de quien las creó. En la puerta de entrada de la literatura nacional aparece la siguiente frase de Valdivia, que cuenta como programa espiritual para quienes prolongarían en el tiempo sus elogios a la tierra que conquistaba: "parece la crió Dios a posta para tenerlo todo a mano.

Ejemplar, asimismo, es la visión humana y divina de don Alonso de Ercilla. *La Araucana* insiste en la necesidad de realizar la conquista de acuerdo con la justicia, al margen de la codicia y de otros intereses mezquinos; y ve la prolongación de la guerra de Arauco como castigo del cielo a quienes vuelven las espaldas a la virtud. Ercilla relaciona uno de los triunfos cristianos con la particular ayuda de la Virgen María y presenta a los españoles cuando, en los peligros de una dura tormenta, acuden al auxilio de Dios. Y él mismo, al término de su obra y de su vida, desea tornar al Señor, confiado en que "para volverse a Dios jamás es tarde".

Avanzan los siglos y avanzan también los escritores que hablan de lo sobrenatural como algo hondo y muy hermoso. Pineda y Bascuñán agradece

en un sentido soneto a María Santísima su liberación de los araucanos, entre los que dio constante testimonio de católico cabal. Manuel Lacunza compone en el siglo XVIII una importante obra teológica: *Venida del Mesías en Gloria y Majestad*. Andrés Bello, ya en la era republicana, imita de manera paradójicamente creadora la *Oración por Todos* de Víctor Hugo.

Alcanzada la actual centuria, las letras chilenas se agrandan hasta una cima superior. Llega a ella la palabra del amor de Cristo en la pluma de laicos de Iglesia o de personas con acendrado sentido de la solidaridad humana; también en la voz de sacerdotes cuya mención es ineludible en esta oportunidad: Luis Felipe Contardo, Francisco Donoso, Omar Emeth, Crescente Errázuriz y otros. Todos ellos supieron unir su vocación sacerdotal con el cultivo de la poesía, la historia y la crítica literaria, honrando al mismo tiempo a la Iglesia y a la literatura.

En la imposibilidad de detenernos ante tantas figuras valiosas, permítasenos centrar la atención sólo en dos que nos enorgullecen como chilenos. El Premio Nóbel concedido a ambas -Gabriela Mistral y Pablo Neruda- implica el reconocimiento universal a su obra extraordinaria.

La Mistral creció en el conocimiento de la Biblia y su intensa religiosidad está sellada por el tono a menudo grave y hasta patético del Antiguo Testamento. Su Dios, no obstante, sabe antes que todos del Amor, y en Él espera el perdón para el suicida que todos los demás parecen condenar. Si ve a Cristo es para destacar al Niño en el desamparo o al divino Crucificado, que el mundo rechaza. "El Ruego"; "Ceras Eternas", "Dios lo Quiere", "Éxtasis", "El Dios Triste", "A la Virgen de la Colina", "Ruth", "Viernes Santo", "Al Pueblo Hebreo", "Al Oído de Cristo", "La Cruz de Bistolfi", "Dos Ángeles", son títulos de poemas mistralianos bien elocuentes de una poesía ungida con la religión, sellada con el amor, escrita desde la más honda resignación cristiana.

Lo poetisa a veces se siente olvidada:

Padre Nuestro, que estás en los cielos,
¿por qué te has olvidado de mí?

Pero pronto reacciona y en la tribulación acude confiada a quien todo lo puede:

En esta hora amarga, como un sorbo de mares,
Tú sostenme, Señor.

Con el Señor dialoga, especialmente sobre cuestiones de amor:

Y amar (bien sabes de eso) es amargo ejercicio,
un mantener los párpados de lágrimas mojados,
un refrescar de besos las trenzas del cilicio,
conservando, bajo ellas, los ojos extasiados.

El hierro que taladra tiene un gustoso frío,
cuando abre, cual gavillas, las carnes amorosas.

Y la cruz (Tú te acuerdas, ¡Oh Rey de los judíos!)
se lleva con blandura, como un gajo de rosas.

La que así ha hablado con Dios, bien puede acercarse a los desamparados del mundo: niños descalzos, mujer estéril, la extranjera, aborigen desposeído, madre anciana, amigo muerto en gesto de comunicación y caridad. Religiosas americanas de bello espíritu le salen al encuentro en esta tarea de servicio: Sor Juana Inés de la Cruz y Santa Rosa de Lima. Va también a las cosas simples, a las flores y los árboles y en todo ve la huella de Dios.

¡Encina, noble encina, yo te digo en mi canto!
Que nunca de tu tronco mane amargor de llanto,
que delante de ti prosterne el leñador
de la maldad humana, sus hachas; y que cuando
el rayo de Dios hiérate, para ti se haga blando
y ancho como tu seno, el seno del Señor.

Aunque con fundamentos muy diversos, y hasta opuestos, la palabra poética de Pablo Neruda tiene también resonancias profundamente humanas, de cabal solidaridad con los que sufren. No pueden sernos indiferentes sus apelaciones líricas a los capitanes oscuros del arado, a los agricultores temblando en la semilla, a los joyeros de dedos machacados, a los obreros del andamio desafiado. Y no pueden sino resultarnos del más alto interés los poemas iniciales de su *Canto General*, donde se presenta una cosmogonía que parece seguir de cerca las huellas del primer libro de la Biblia. Sobre el particular, los estudiosos del gran poeta tienen una palabra especializada que decirnos, mas es fácil intuir y apreciar la relación indicada.

Ya en sus años juveniles, el poeta asumía el dolor de los hombres, en versos inolvidables:

Como si el llanto fuera una semilla
y yo el único surco de la tierra.

Más adelante se encuentran textos de especial significación en esta línea solidaria:

Yo de los hombres tengo la misma mano herida

Y ahora quisiera recordar con cariño la amistad que me ligó con el poeta en sus últimos días. Fui a visitarlo varias veces en su lecho de dolor en Isla Negra, y él me regaló un poema con estas palabras: "Aquí hay un pequeño poema sobre una iglesita francesa, a nuestro Cardenal Raúl Silva Henríquez, con la amistad de su vecino, Pablo Neruda".

El poema dice mucho. Él me lo dedicó precisamente porque expresaba algo muy íntimo. Es como su confesión, que depositaba en las manos de un amigo. Evidentemente, no es una confesión hecha canónicamente. Es la confesión de un poeta.

No resisto a la tentación de leerlo en esta ocasión:

Contra la claridad de la pradera
un campanario negro.
Salta desde la iglesia triangular:
pizarra y simetría.
Mínima iglesia en la suave extensión
como para que rece una paloma.
La pura voluntad de un campanario
contra el cielo de invierno.
La rectitud divina de la flecha
dura como una espada
con el metal de un gallo tempestuoso
volando en la veleta.

Y aquí comienza el examen de conciencia del poeta:

(No la nostalgia, es el orgullo
nuestro vestido pasajero
y el follaje que nos cubría
cae a los pies del campanario.

Este orden puro que se eleva
sostiene su sistema gris
en el desnudo poderío
de la estación color de lluvia.

Aquí el hombre estuvo y se fue:
dejó su deber en la altura,
y regresó a los elementos,
al agua de la geografía.

Así pude ser y no pude,
así no aprendí mis deberes:
me quedé donde todo el mundo
mirara mis manos vacías:
las construcciones que no hice:
mi corazón deshabitado:
mientras oscuras herramientas
brazos grises, manos oscuras
levantaban la rectitud
de un campanario y de una flecha.)

(Ay lo que traje yo a la tierra
lo dispersé sin fundamento:
no levanté sino las nubes
y sólo anduve con el humo
sin saber que de piedra oscura
se levantaba la pureza
en anteriores territorios,

en el invierno indiferente.)

Hasta aquí la confesión del poeta, y después la expresión de su dolor y asombro:

Oh asombro vertical en la pradera
húmeda y extendida:
una delgada dirección de aguja
exacta, sobre el cielo.

Cuántas veces de todo aquel paisaje,
árboles y terrones
en la infinita estrella horizontal
de la terrestre Normandía,
por nieve o lluvia o corazón cansado
de tanto ir y venir por el mundo,
se quedaron mis ojos amarrados
al campanario de Authenay,
a la estructura de la voluntad
sobre los dominios dispersos
de la tierra que no tiene palabras
y de mi propia vida.

En la interrogación de la pradera
y mis atónitos dolores
una presencia inmóvil rodeada
por la pradera y el silencio:
la flecha de una pobre torre oscura
sosteniendo un gallo en el cielo.

Es tarea del cristiano ver la luz dondequiera se encuentre, apreciar la belleza aun en la obra alejada de la ortodoxia y destacar los valores perennes de toda poesía. Ciertamente es el caso de muchos poemas de Pablo Neruda.

Nos alegra, en fin, el sentido religioso y trascendente que ha sido hallado en la obra de un Nicanor Parra, y la decidida religiosidad de otros vates, como Eduardo Anguila, Roque Esteban Scarpa, Miguel Arteche, por nombrar algunos de los más destacados entre los cultores de la poesía. Ellos continúan y enriquecen una tradición centenaria en Chile y que en la historia universal se confunde con la historia misma del cristianismo.

Mis queridos amigos, quiero terminar. Les agradezco nuevamente el que se hayan fijado en mi humilde actuar de hombre de Iglesia, de predicador y apóstol de Cristo, para conferirme el honor de nombrarme miembro de vuestra Academia.

Al agradecer vuestra bondad quiero elevar un cántico de reconocida alabanza al Señor por todo lo que me ha dado; por sus delicadas atenciones que le manifiestan también en el día de hoy. Quiero enriquecer mis palabras con las

del poeta bíblico y con las no menos bellas de nuestra gran poetisa. Con ellas terminaré mi decir:

Dios mío, me siento animoso;
voy a cantar y tañer para ti, gloria mía:
despertad cítara y arpa, despertaré a la aurora;
te daré gracias ante los pueblos, Señor,
tañeré para ti ante las naciones:
por tu lealtad, que llega hasta el cielo,
por tu fidelidad, que alcanza a las nubes.
¡Elévate sobre el cielo, y llene la Tierra tu gloria!,
para que se salven tus predilectos,
respóndenos con tu mano salvadora.

Dios habló en su santuario:
"Triunfante repartiré Siquén, parcelaré el Valle de Cabañas,
mío es Galaad, mío Manasés, Efraín es yelmo de mi cabeza,
Judá es mi cetro, Moab una jofaina para lavarme,
sobre Edom echo mi sandalia, sobre Filistea canto victoria".

Pero ¿quién me guiará a la plaza fuerte,
quién me conducirá a Edom
si tú, oh Dios, nos has rechazado
y no sales ya con nuestras tropas?

Auxílianos contra el enemigo, que la ayuda del hombre es inútil.
Con Dios haremos proezas, él pisoteará a nuestros enemigos.

Padre: has de oír este decir
que se me abre en los labios como flor.
Te llamaré
Padre, porque
la palabra me sabe a más amor.

Tuyo me sé
pues que miré
en mi carne prendido tu fulgor.
Me has de ayudar
a caminar,
sin deshojar mi rosa de esplendor.

Me has de ayudar
a alimentar
con una llama azul mi juventud,
sin material
basto y carnal.
¡con olorosos leños de virtud!

Por cuanto soy
gracias te doy:
porque me abren los cielos su joyel,
me canta el mar
y echa el pomar
para mis labios en sus pomas miel.

Porque me das,
Padre, en la faz
la gracia de la nieve recibir
y por el ver, la tarde arder:
¡por el encantamiento de existir!

Por el tener
más que otro ser
capacidad de amor y de emoción,
y el anhelar
y el alcanzar,
ir poniendo en la vida perfección.

Padre, para ir
por el vivir,
dame tu mano suave y tu amistad,
pues, te diré
solo no sé
ir rectamente hacia tu claridad.

Dame el saber
de cada ser
a la puerta llamar con suavidad,
llevarle un don,
mi corazón,
¡y nevarle de lirios su heredad!

Dame el pensar
en Ti al rodar
herido en medio del camino. Así
no llamaré,
recordaré
el vendedor sutil que alienta en Ti.

Tras el vivir,
dame el dormir
con los que aquí anudaste a mi querer.
De tu arrullar
hondo el soñar.
¡Hogar dentro de Ti nos ha de hacer!

Muchas gracias.

Santiago, 13 de agosto de 1979